

CIAT — Boletín de Prensa

Distribuido para enterar al personal principal del CIAT sobre la información que el Centro envía a la prensa.
Copias en formato oficial disponibles en la Unidad de Comunicaciones, con fotografías en la mayoría de los casos.

(BPI-083-p. 1 de 3)
PARA INFORMACION INMEDIATA
Agosto 1996

Consorcio ejemplar en el Cauca

Lucha comunitaria contra la desesperanza

CALI, COLOMBIA — No es fácil pretender que una comunidad campesina, agobiada por la pobreza, la violencia, la desigualdad y hasta por los desastres naturales, cambie sus prácticas de vida y opte por defender los recursos naturales.

Sin embargo, en la parte central del departamento del Cauca, en la microcuenca del río Cabuyal, se está trabajando para lograrlo. Sus habitantes están aprendiendo a vivir en comunidad, beneficiándose a sí mismos, ayudando al vecino y defendiendo —por encima de todo— los recursos naturales pensando en el futuro de sus hijos.

Pero eso no es gratuito. Es fruto del esfuerzo integrado e integrador de varias instituciones, con la participación concertada de las comunidades. Cada institución, en la medida de sus posibilidades, ofrece alternativas de capacitación, producción, asistencia técnica, investigación, crédito, transformación agropecuaria y comercialización.

"Estos estímulos o incentivos sociales le permiten a la comunidad encontrar formas para mejorar su nivel de vida", dice Jorge Alonso Beltrán, un investigador del Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT) que participa en el proyecto. "Es un negocio justo y por eso los agricultores están dispuestos a realizar aislamientos, arborización, barreras vivas; en fin, a manejar mejor los recursos naturales", agrega.

Esta alianza de campesinos e instituciones se conoce como Consorcio Interinstitucional para una Agricultura Sostenible en Laderas (CIPASLA), cuya meta es mejorar la calidad de vida de la gente mediante el manejo acertado de los recursos naturales.

La microcuenca del río Cabuyal es un ecosistema de laderas típico de la zona andina. En América Latina, cerca de 97 millones de hectáreas pertenecen a este ecosistema de tierras frágiles, con un 10% de suelos ácidos e infértiles.

Sus pobladores son extremadamente pobres y están atrapados en un círculo vicioso: para sobrevivir deben sobreexplotar la tierra, al tiempo que se intensifica la degradación de los recursos naturales, lo cual se refleja en una disminución de los rendimientos y de los ingresos. Generalmente, las medidas gubernamentales adoptadas para frenar esta situación poco o nada han conseguido.

UNIDAD DE INFORMACION Y DOCUMENTACION
1996

Este panorama era común en la microcuenca del Cabuyal, hasta que surgió CIPASLA. El consorcio es un ejemplo de trabajo en equipo. Se ha dejado de lado el egoísmo, la ambición, el deseo de figurar. Aquí hay entidades gubernamentales, fundaciones sin ánimo de lucro, exguerrilleros, asociaciones indígenas, escuelas y colegios, científicos, pequeños agricultores, mujeres, niños que aportan su cuota soñando con una vida más digna.

En total son 16 entidades, entre ellas el CIAT, las que comparten esfuerzos para beneficiar a cerca de 6.500 personas, distribuidas en un área de 7 mil hectáreas de 23 veredas del municipio de Caldono.

Los logros, en 4 años, son muy significativos, tanto que lo que antes era un foco de violencia se está convirtiendo en un oasis de paz. "Es una oportunidad para que contribuyamos a buscar alternativas para la región", dice Martín Vidal, dirigente de la Fundación Sol y Tierra.

Varios proyectos se están desarrollando para cumplir con el propósito de CIPASLA. Se trabaja, en primer lugar, en el fortalecimiento de las organizaciones comunitarias para que movilicen recursos y resuelvan problemas compartidos. "Ahora somos nosotros los que buscamos las soluciones a nuestros problemas; eso es lo bonito que hemos aprendido de CIPASLA", dice Norberto Zambrano, un agricultor que lidera actividades de investigación participativa.

Otros proyectos tienen que ver con la introducción de nuevas prácticas para estabilizar el suelo y mejorar el manejo del agua, reducir la deforestación en áreas vitales de la microcuenca e introducir prácticas de conservación de suelo.

La comunidad está realizando prácticas de aislamiento de zonas boscosas para proteger los nacimientos de agua. "Convencer a la gente para que cuide esos nacimientos no ha sido fácil", dice Crisanto Rosas, otro líder campesino de la región. "Nos tocó quitarles el agua durante tres días para que entendieran el riesgo de perder ese valioso recurso".

Hoy en día ya se han aislado 120 hectáreas y están en proceso otras 60, en las que han participado 2.800 agricultores que han aportado, en mano de obra, unos 17 millones de pesos. Los mismos campesinos han cedido parte de sus fincas para proteger los bosques. A cambio, reciben otros beneficios (bebederos, tanques, baños). Es parte del trato: "Tú das, nosotros te damos, y entre todos cuidamos".

También se están planteando alternativas productivas diferentes a los cultivos tradicionales, y buscando cómo volver más eficientes los canales de mercadeo y crear otros. Se están apoyando y fomentando los procesos agroindustriales a través de microempresas de productos lácteos, jugos y mermeladas, hierbas aromáticas, verduras y hortalizas, peces, pollos.

Paralelamente se desarrollan programas de educación ambiental. Los centros escolares están involucrados, puesto que de ellos depende que el proyecto se convierta en una forma de vida para las nuevas generaciones. "Estamos trabajando para que nuestros alumnos campesinos se queden en el campo", afirma Consuelo Perdomo, profesora de la Escuela Crucero del Rosario, que ganó el concurso "Adoptemos una microcuenca".

Lograr que el campesino se quede en su terruño es parte del trabajo concertado de comunidad e instituciones. El caso de Alirio Cabrera es un ejemplo. Hace dos años iba a vender su finca para irse con la familia a Ibagué. "No tenía con qué trabajar; estaba aburrido", dice. Apareció CIPASLA y lo invitó a formar parte del equipo. Su finca es ahora autosuficiente. "Ya no vendo por ningún precio", comenta orgulloso.

En esta lucha comunitaria contra la desesperanza, sus protagonistas están optimistas, mas no confiados. "Aún resta mucho por hacer", afirma Magnolia Hurtado, coordinadora del Consorcio. "Seguimos empeñados en desarrollar un modelo institucional capaz de redimir la paz y prosperidad, ayudando así a aliviar el conflicto entre los desposeídos de las zonas rurales colombianas".

Pero el propósito del proyecto va más allá. Se anhela que el ejemplo de la comunidad del Cabuyal replique en otros lugares de Colombia y del mundo. Es un compromiso de todos y en eso se sigue trabajando.